

— Eso es, — respondió D. Quijote, — porque es mayor el número de los religiosos que el de los caballeros.

— Muchos son los andantes, — dijo Sancho.

— Muchos, — respondió D. Quijote; — pero pocos los que merecen nombre de caballeros. »

En estas y otras semejantes pláticas se les pasó aquella noche y el día siguiente, sin acontecerles cosa que de contar fuese, de que no poco le pesó á D. Quijote. En fin, otro^a día al^b anochecer, descubrieron la gran ciudad del Toboso, con cuya vista se le^c alegraron los espíritus á D. Quijote y se le entristecieron á Sancho, porque no sabía la casa de Dulcinea, ni en su vida la había visto, como^d no la había visto su señor; de modo que, el uno por verla y el otro por no haberla visto, estaban alborotados, y no imaginaba Sancho qué había de hacer cuando^e su dueño le enviase al Toboso. Finalmente, ordenó D. Quijote entrar en la ciudad entrada la noche; y, en tanto que la hora se llegaba, se quedaron entre unas encinas que cerca del Toboso estaban, y, llegado el determinado punto, entraron en la ciudad, donde^f les sucedió cosas que á cosas llegan^g.

a. ...en fin, el propio día. ARG.₁, BENJ.
— ...en fin, al. ARG.₂. = b. ...día la anochecer. C.₄, BR.₄. = c. ...se alegraron. V.₃, BAR. = d. ...como casi no la. ARG._{1,2}, BENJ. = e. ...cuando con su

dueño entrase en el Toboso. ARG.₁, BENJ.
— ...hacer, como su señor no le enviase primero al Toboso. ARG.₂. = f. ...donde no les. ARG._{1,2}, BENJ. = g. ...sucedió cosa que á cosa llegara. ARG._{1,2}, BENJ.



CAPÍTULO IX

Donde se cuenta lo que en él se verá

MEDIA noche era por filo, poco más á^a menos, cuando D. Quijote y Sancho dejaron el monte y entraron en el Toboso. Estaba el pueblo en un sosegado silencio, porque todos sus vecinos

a. ...más ó menos. BR.₃, GASP., FK.

Corto, pequeño como las Gracias, solemne, misterioso como la hora de media noche en que da principio; penetrado de fragancia tan exquisita que trasciende á todo nuestro ser; este capítulo noveno, en que se contiene la augusta narración del paso de D. Quijote por la aldea del Toboso, es de tal encanto, que inunda el alma de dulce y melancólica poesía.

Línea 3. *Media noche era por filo, poco más á menos, cuando D. Quijote y Sancho dejaron el monte y entraron en el Toboso.* — *Filo* es el corte de espada, cuchillo ú otro instrumento cortante. De ahí el aplicarse dicha voz al punto ó línea que divide un objeto en dos partes iguales, v. gr.: el día, la noche.

En nuestros clásicos, y más aún en el *Romancero*, obra eminentemente popular, rehúyese del vocablo *punto* para acogerse al de *filo*, como se deduce de los ejemplos citados á este propósito:

« Medio día era por *filo*, — las doce daba el reló;
Comiendo está con los grandes — el rey Alfonso en Leon. »
(*Romancero del Cid*, CLII.)

« Media noche era por *filo*, — los gallos querían cantar,
Conde Claros por amores — no podía reposar. »
(*Romance del Conde Claros de Montalban*, I.)

dormían y reposaban á pierna tendida, como suele decirse. Era la noche entreclara, puesto que quisiera Sancho que fuera del todo oscura ^a por hallar en su oscuridad ^b disculpa de su sandez ^c.

a. ...todo oscura por. MAL., FK. — | — c. ...disculpa de sus enredos. No se
b. ...su oscuridad, disculpa. MAL., FK. | oía. ARG., BENJ.

« Al *fillo* de medio día — no más que por su nariz
Señalaba las doce horas — en el tronco de un brasil. » (1)
(Rom. general. — 1640. De D. LUIS DE GÓNGORA.)

Por lo demás, el giro es corriente en no pocos autores:

« El cielo te lo pague; que el desvelo
Desde que media noche era por *fillo*,
Me tiene, como dicen, en un hilo. »
(ALARCÓN. *Quien mal anda en mal acaba*, acto III, esc. X)

« Media noche era por *fillo*,
Y en el lecho donde está
Conde Claros con amores,
No podía reposar. »

(CUBILLO. *El amor como ha de ser*, acto II.)

Que Cervantes conocía la significación exacta del vocablo *fillo*, y cuán grande sea su realce en el *Romancero*, lo muestra el uso que del mismo hace en otra de sus obras.

« La abuela dijo que ella no podía ir á Sevilla ni á sus contornos á causa que los años pasados había hecho una burla en Sevilla á un gorrero llamado Triguillos, muy conocido en ella, al cual le había hecho meter en una tinaja de agua hasta el cuello, desnudo en carnes, y en la cabeza puesta una corona de ciprés, esperando el *fillo de la media noche*, para salir de la tinaja á cavar y sacar un gran tesoro, que ella le había hecho creer que estaba en cierta parte de su casa. » (*La Gitanilla*, edición Sancha, pág. 89.)

5 (pág. 147). *Estaba el pueblo en un sosegado silencio, porque todos sus vecinos dormían.* — ¿Dormiría también la sin par Dulcinea? ¡Cuán ajena estaría de la gran pasión que se le avecinaba! ¿Ó alguna misteriosa influencia la tenía desvelada? No: dormía ignorante de todo; y D. Quijote, en vela del gran fuego de su amor, creyendo iba á pasar bajo su ventana.

1. ...*dormían y reposaban á pierna tendida, como suele decirse.* — No se ha de preguntar al caprichoso del idioma por qué representa el más hondo, el más tranquilo de los sueños, con la imagen de una *pierna*, y por añadidura *suelta*. Ello es cierto: la felicidad de este sueño, libre de inquietudes y sobresaltos; ese dormir, ya sea en mullido lecho de plumas, ya sobre la dura tierra ó en la ingrata aspereza de un montón de piedras; lo distingue, el idioma, de esotros sueños pavorosos que llenan de inquietud al malvado. El dormir de las personas honradas, importa repetirlo, quedaría confundido con el vulgo de los sueños si el maravilloso instinto del pueblo en achaque de lenguaje no lo hubiera designado, por modo original, con la imagen de una *pierna suelta*.

(1) Planta que se cría principalmente en la Isla de Cuba y en las de Filipinas.

No se oía en todo el lugar sino ladridos de perros, que atronaban los oídos de D. Quijote y turbaban el corazón de Sancho. De cuando en cuando rebuznaba un jumento, gruñían puercos ^a, mayaban gatos ^b, cuyas voces, de diferentes sonidos, se aumentaban con el silencio de la noche; todo lo cual tuvo el enamorado caballero á mal agüero. Pero con todo esto dijo á Sancho: « — Sancho, hijo: guía al palacio de Dulcinea: quizá podrá ser que la hallemos despierta. »

— ¿ Á qué palacio tengo de guiar, cuerpo del sol, — respondió Sancho, — que en el que yo vi á su grandeza no era sino casa muy pequeña? 5 10

— Debía de estar retirada entonces, — respondió ^c D. Quijote, — en algún pequeño apartamiento de su alcázar solazándose á solas con sus doncellas, como es uso y costumbre de las altas señoras y princesas.

— Señor, — dijo Sancho: — ya que vuesa ^d merced quiere, á pesar mío, que sea alcázar la casa de mi señora Dulcinea, ¿ es hora esta por ventura de hallar la puerta abierta? Y ¿ será bien que demos aldabazos para que nos oyan ^e y nos abran, metiendo en alboroto y rumor toda la gente? ¿ Vamos por dicha á llamar á la casa de nuestras mancebas, como hacen los abarraganados, que llegan y llaman y entran á cualquier hora, por tarde que sea? 15 20

— Hallemos primero una por una el alcázar, — replicó D. Quijote, — que entonces yo te diré, Sancho, lo que será bien que haga-

a. ...puercos y mayaban. TON. — b. ...gatos y cuyas. BR., = c. ...entonces replicó merced. BOW. — ...que vuestra merced.
Don Quijote. TON. — d. ...que vuestra MAI. = e. ...nos oigan y nos. A., ARR.,
MAI. = f. ...á casa. ARG., BENJ.

1. *No se oía en todo el lugar sino ladridos de perros, que atronaban los oídos de D. Quijote y turbaban el corazón de Sancho.* — Con separarnos la distancia de lugar y un lapso de tiempo no menor de cuatro centurias, esa evocación arqueológica, digámoslo así, del Toboso, trae hasta nosotros la imagen de una aldea casi medioeval, envuelta en las tinieblas de la noche, sin vigilancia alguna, sin un solo resplandor de luz que alumbre los pasos de quien, desconociendo sus calles y encrucijadas, anda perdido y como á tientas en la vasta soledad que envuelve sus muros.

22. — *Hallemos primero... el alcázar (de mi señora Dulcinea), — replicó D. Quijote, — que entonces yo te diré, Sancho, lo que será bien que hagamos.* — ¡Momento solemne! Después de tantos suspiros y ternezas por aquella Dulcinea de hermosura sobrehumana, en la que se habían juntado los fantásticos atributos que los poetas dan á sus damas; por aquella Dulcinea, cuyas trenzas son de oro; su frente, campos eliseos; sus cejas, arcos del cielo; sus ojos, soles; sus mejillas, rosas; corales, sus labios; perlas, sus dientes; alabastro, el cuello; mármol, su pecho; marfil, sus manos, y su blancura, nieve; al fin, D. Qui-

mos. Y advierte, Sancho ^a, que ^b yo veo poco, ó ^c que ^d aquel bulto grande y sombra, que desde aquí se descubre, la debe de hacer el palacio de Dulcinea.

— Pues guíe vuesa ^e merced, — respondió Sancho: — quizá será
5 así; aunque yo lo veré con los ojos, y lo tocaré con las manos, y así lo creeré yo como creer que es ahora ^f de día. »

Guió D. Quijote; y, habiendo andado como docientos ^g pasos, dió con el bulto que hacía la sombra, y vió una gran torre, y luego conoció que el tal edificio no era alcázar, sino la iglesia principal del
10 pueblo, y dijo: « — Con la iglesia hemos dado, Sancho.

— Ya lo veo, — respondió Sancho; — y plega ^h á Dios que no

a. ...y advierte que. TON. = b. ...que ó yo. A. 1, 2, PELL., ARR., CL., RIV., GASP., ARG. 1, 2, BENJ. = c. ...poco, que. C. 4, V. 3, BR. 4, 5, BAR., BOW., MAL., FK. = d. ...ó aquel. ARG. 1, 2, BENJ. = e. ...guíe

vuestra merced. TON., BOW. — ...guíe vuestra merced. MAL. = f. ...es agora de. BR. 3, TON. = g. ...como doscientos pasos. GASP., MAL., FK. = h. ...y plegue á Dios. PELL.

jote parece verá realizado el continuo ensueño de su vida, porque sus ojos diríase están á punto de verla, y es tan completa la ilusión, que cree hallarse respirando el ambiente por ella perfumado y que atraviesa los paseos por donde la sin par Dulcinea arrastra soberbia carroza. ¿Topará, en conclusión, con la encantadora felicidad? ¡Vano ensueño!

8. ...vió una gran torre y luego conoció que el tal edificio no era alcázar, sino la iglesia principal del pueblo. — El lector está ya persuadido de ello: D. Quijote no logra dar con el alcázar de Dulcinea, puesto que ese bulto grande no es sino la iglesia del pueblo. El error, bien considerado el caso, no aparece á nuestros ojos con el carácter cómico á que nos han acostumbrado los infinitos fracasos del pobre iluso. Busca, ciertamente, un alcázar que supere en belleza á los de las *Mil y una noches*, y da con otro, en verdad, ideal: con el alcázar santo en que se acogen las almas contra las tempestades de la vida.

10. « — Con la iglesia hemos dado, Sancho.

— Ya lo veo, — respondió Sancho; — y plega á Dios que no demos con nuestra sepultura. —

Al loco idealista no le impone haber topado con la iglesia; tampoco le asusta la idea de la eternidad representada por la misma; pero Sancho, que forma parte del vulgo, siempre lleno de prejuicios, recela no den con sus cuerpos en la sepultura: las supersticiones hablaban por su boca.

De distinto modo han entendido este pasaje no pocos comentaristas. Ceda-mos la palabra al que entre todos se muestra más desapasionado:

« Algunos críticos, ó, mejor dicho, comentaristas del *Quijote*, han creído hallar oculto y hondo sentido satírico en la frase con la iglesia hemos dado, pronunciada por el Hidalgo en el Toboso. Es muy cierto que en la España de aquel tiempo era peligrosísimo tropezar ó chocar con la Iglesia, no ya ofendiendo de algún modo el sentimiento religioso, tan arraigado en todos los corazones, sino en simple litigio de intereses temporales. De lo primero es ejemplo señalado lo que sucedió en Aragón, con motivo de las alteraciones en

demos con nuestra sepultura, que no es buena señal andar por los cimiterios ^a á tales horas, y más habiendo yo dicho á vuesa ^b mer-

a. ...cimiterios. GASP., MAL. = b. ...vuestra. BOW. — ...vuestra. MAL.

tiempo de Felipe II; Martín de Lanuza, primo del ajusticiado Justicia Mayor, reunió en el Bearne una tropa de fugitivos de Zaragoza con algunos bearneses, que, para desdicha de la causa de los Fueros eran protestantes, y entró con ella por las montañas de Huesca, apellidando libertad. Esperaban con fundamento los invasores que había de juntárseles mucha gente, y todo indica que así hubiera sucedido, á no ser que al llegar al pueblo de Biescas, primero que pisaron del territorio nacional, los bearneses, llevados de la codicia y de sus ideas religiosas, saquearon y profanaron la iglesia del lugar. Bastó esta noticia, rápidamente divulgada de aldea en aldea, para que la opinión de los montañeses cambiase de súbito; nadie se acordó ya de que era aragonés, ni de que los castellanos acababan de decapitar al Justicia Mayor, ni de los fueros, ni de nada temporal, sino de que aquellos que venían de Francia, eran herejes y profanaban las iglesias. La montaña se levantó en masa, y no en auxilio de Lanuza, como esperaba éste, sino en su contra; cuando los soldados de Vargas acudieron desde Zaragoza, ya los paisanos habían dado buena cuenta de la partida fuerista. El fuerismo aragonés había tropezado con la Iglesia, y se había deshecho para siempre.

De las cuestiones de jurisdicción con autoridades eclesiásticas y de los pleitos sobre bienes, dan noticia prolija todas las historias de la época. Se dice que el mismo Cervantes, en su azarosa carrera de agente del Fisco, hubo de tropezar una vez en Sevilla con los intereses de la Iglesia; nada tendria, pues, de particular que se hubiera quejado, como él solía, con finísima sátira, del mal recibido. Pero hemos leído y releído el pasaje señalado, y jamás alcanzamos á descubrir allí la intención que se ha supuesto. D. Quijote y Sancho vagaban á la ventura por las oscuras calles del Toboso, «y habiendo andado como doscientos pasos dió con el bulto que hacía la sombra, y vió una gran torre, y luego conoció que el tal edificio no era alcázar, sino la iglesia principal del pueblo, y dijo: con la iglesia hemos dado, Sancho. — Ya lo veo, respondió Sancho, y plega á Dios que no demos con nuestra sepultura, que no es buena señal andar por los cimiterios á tales horas.» D. Quijote dice que *ha dado con la iglesia*, para manifestar su equivocación, sobre aquel edificio que había tomado, entre las sombras nocturnas, por alcázar de Dulcinea, y Sancho, en su contestación, alude á la idea supersticiosa que todavía, y más hace tres siglos, hacía mirar como de mal agüero la estancia en los cimiterios (1), á las altas horas de la noche. No se deduce más del pasaje. » (ANGEL SALCEDO RUIZ. *Estado social que refleja el «Quijote»*, pág. 97 á 99.)

1. ...no es buena señal andar por los cimiterios á tales horas. — ¿Temía Sancho topar con algún entierro de fantasmas? ¿Rendía tributo á la supers-

(1) No es necesario recordar que no había en aquella época otros cimiterios que las iglesias, ya en sus bóvedas y capillas, ya (y era lo frecuente en las aldeas) en el atrio del templo. Todavía quedan muchas iglesias en Castilla que tienen perfectamente acotado con tapias el paraje destinado á cementerio, y en muchos pueblos se llama cementerio el atrio de la iglesia.

ced, si mal no me^a acuerdo, que la casa desta señora ha de estar en una callejuela sin salida.

— ¡Maldito seas de Dios, mentecato! — dijo D. Quijote. — ¿Adónde has tú hallado que los alcázares y palacios reales estén edificados en callejuelas sin salida?

— Señor, — respondió Sancho, — en cada tierra su uso: quizá se usa aquí en el Toboso edificar en callejuelas los palacios y edificios^b grandes; y, así, suplico á vuesa^c merced me deje buscar por estas calles ó callejuelas que se me ofrecen^d: podría ser que en algún rincón topase con ese alcázar (que le vea yo comido de perros) que así nos trae corridos y asendereados.

— Habla con respeto, Sancho, de las cosas de mi señora, — dijo D. Quijote, — y tengamos la fiesta en paz, y no arrojemos la sogá tras el caldero.

— Yo me reportaré, — respondió Sancho; — pero ¿con qué paciencia podré llevar que quiera vuesa^e merced que, de sola una vez que vi la casa de nuestra ama, la haya de saber siempre y hallarla á media noche, no hallándola vuesa^f merced, que la debe de haber visto millares de veces?

— Tú me harás desesperar, Sancho, — dijo D. Quijote. — Ven acá, hereje: ¿no te he dicho mil veces que en todos los días de mi vida no^g he visto á la sin par Dulcinea, ni jamás atravesé los umbrales de su palacio, y que sólo estoy enamorado de oídas y de la gran^h fama que tiene de hermosa y discreta?

— Ahora loⁱ oigo, — respondió Sancho; — y digo que, pues vuesa^j merced no la ha visto, ni yo tampoco^k.

— Eso no puede ser, — replicó^l D. Quijote; — que por lo me-

a. ...no acuerdo. C.₁, BR.₁ = b. ...y edificios grandes. C.₁ = c. ...á vuestra merced. BOW. — ...á vuestra merced. MAI. = d. ...ofrecen que podría. V.₃ = ...ofrecen q̄ podría. BAR. = e. ...quiera vuestra merced. BOW. — ...quiera vuestra merced. MAI. = f. ...vuestra mer-

ced. BOW. — ...vuestra merced. MAI. = g. ...vida apenas he visto. ARG.₁, BENJ. = h. ...la grande fama. ARR. = i. ...le oigo. BR.₁ = j. ...vuestra merced. BOW. — ...vuestra merced. MAI. = k. ...yo tampoco. C.₁, BR.₁ = l. ...ser, respondió Don Quijote. PELL.

tición española, y no española, de que los muertos aparecen en forma de estatuas parlantes? ¿Le impresionaba la idea de que las almas en pena vuelven al mundo para hablar con los vivos? ¿Se imaginaria ser blanco de la siniestra mirada de los muertos?

Hoy, que se ha demostrado cuán arraigadas estaban en el pueblo estas y otras muchas creencias; hoy, que los folk-loristas recorren una á una las huellas de tales tradiciones; ¿parecerá atrevido suponer que, impresionado Sancho con estas ideas, tuviera por mala señal su entrada en el cementerio?

nos, ya me has dicho tú que la viste aechando trigo, cuando me trujiste^a la respuesta de la carta que le envié contigo.

— No se atenga á eso, señor, — respondió Sancho; — porque le hago saber que también fué de oídas la vista y la respuesta que le truje^b, porque así sé yo quien es la señora Dulcinea como dar un puño en el cielo.

— Sancho, Sancho, — respondió D. Quijote; — tiempos hay que burlar^c, y tiempos donde caen y parecen mal las burlas. No porque yo diga que ni he visto ni hablado á la señora de mi alma, has tú de decir también que ni la has hablado ni visto, siendo tan al revés como sabes. »

Estando los dos en estas pláticas, vieron que venía á pasar por^d donde estaban uno con dos mulas, que, por el ruido que hacía el arado que arrastraba por el suelo, juzgaron que debía de^e ser labrador, que habría^f madrugado antes del día á ir^g á su labranza; y así fué la verdad. Venía el labrador cantando aquel romance que dice^h:

« Mala la hubistes, franceses,
La cazaⁱ de Roncesvalles... »

a. ...traxiste la. BR.₁ = ...trajiste la. MAI. = b. ...traxe porque. BR.₁ = ...traje porque. MAI. = c. ...hay de burlas y. A.₁, PELL., ARR. = d. ...á parar donde. ARR. = e. ...debía ser. PELL. = f. ...que

habia madrugado. ARG.₁, BENJ. = g. ...día á fue. BAR. = h. ...dicien. BR.₁ = i. ...en esa de Roncesvalles. Todas las ediciones, menos Clemencín, Argamasi-lla 1.^a y 2.^a, y Benjumea.

18. « Mala la hubistes, franceses,
La caza de Roncesvalles. » —

Antes de Clemencín, en todas las ediciones aquí consultadas, se había leído: *En esa de Roncesvalles*, error manifiesto, porque los dos versos que trae el *Cancionero* de Amberes, gran autoridad en la materia, dicen así:

« Mala la hovistes, franceses,
La caza de Roncesvalles;
Don Carlos perdió la honra,
Murieron los Doce Pares. »

Además, la contestación de Sancho, que sigue inmediatamente, á saber: « ¿qué hace á nuestro propósito *la caza de Roncesvalles*? », y el hecho de leerse también *la caza* en otro de los romances que abajo se citan, prueban que *En esa de Roncesvalles* es novedad que pugna con el texto.

Enamorado Cervantes de la poesía narrativa, pone aquí en boca del primer madrugador del Toboso un romance, ya muy popularizado: aquel en que se refiere cómo cautivaron los moros al conde Guarinos, almirante de la mar.

Examinando ahora el cuadro de esta noche memorable, añadiremos que el recuerdo del mozo de mulas le hace más sombrío.